

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradassan de San Felipe el Real

Nº 786 jueves 17 de Agosto de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Debemos gratitud a Puigdemont**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Cortejando a Puigdemont**, *Guadalupe Sánchez*
- ✚ **Las dos amenazas que ahora nos acecha**, *Roberto L. Blanco Valdés*
- ✚ **La «gleichschaltung» wokefederal**, *Hughes*
- ✚ **En manos de un prófugo**, *Xavier Pericay*
- ✚ **Amaral en verano**, *Ignacia De Pano*

Debemos gratitud a Puigdemont

Si Puigdemont quisiese daba la vuelta a mucho de lo que los insensatos e incultos castellanos teníamos como estudiado y cierto, aprovechando que la vida política de Sánchez depende de él y que está dispuesto a todo por salvarla

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor. Académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Carles Puigdemont, Carlitos cuando era niño y hablaba con su abuela andaluza, reside en un casoplón de buena planta en Waterloo, sede de un fantasmagórico Consejo por la República Catalana del que es presidente. Los españoles lo pagamos junto a servicio, escoltas, y demás, a cuenta de la deuda con el FLA –la deuda catalana es mucho mayor– de más de setenta mil millones de euros que se le perdonarán como parte de las compensaciones por su apoyo al egocentrista para que siga en Moncloa. Pero debemos estar agradecidos al valiente y esforzado combatiente independentista porque, ateniéndonos a la historia de Cataluña, en la que cree a pies juntillas, podría exigir más. Por ejemplo, cambios en los libros de texto, en las Universidades y en la Real Academia de la Historia, e imponernos auténticas joyas seudohistóricas. Todo lo firmaría Sánchez sin rechistar.

Debemos agradecer a Puigdemont que no asumamos la pérdida del «Estado Catalán» que nunca existió; que no reconozcamos una inexistente guerra entre Cataluña y España convirtiendo la Guerra de Sucesión en Guerra de Secesión.

sión; que ignoremos que Rafael Casanova no fue un defensor del independentismo sino un abogado que recibió el perdón de Felipe V y murió a los 83 años en Sant Boi de Llobregat; que olvidemos el último bando de Casanova a los barceloneses: «Atendiendo la deplorable infelicidad de esta ciudad, en la que hoy reside la libertad de todo el Principado y de toda España» (...) «como verdaderos hijos de la Patria, amantes de la libertad, acudirán a los lugares señalados a fin de derramar gloriosamente su sangre y su vida por su Rey (se refería al pretendiente austriacista que ya entonces era Carlos VI del Sacro Imperio Romano Germánico), por su honor, por la Patria y por la libertad de España»; que desechemos el Tratado de Utrecht y el de Rastatt donde no se recoge que el Reino de Aragón, y en él Cataluña, haya de tener otra legislación que la común.

Desde 1713, firmada la paz, no había motivo para el empecinamiento de Barcelona. El último episodio de esa contienda artificialmente prolongada fue la toma de la ciudad el 11 de septiembre de 1714. En aquella jornada se distinguió en las tropas borbónicas el teniente coronel Mateo Van Halen, pero estoy dispuesto a negar mi sangre si así lo exige el entendimiento. La bondad

de Puigdemont no considera de obligado cumplimiento estas pretensiones históricas que tanto defendió, y con tantos fondos, Josep Lluís Carod Rovira, él mismo una ficción. Nació como José Luis Pérez Díez, hijo del cabo de Carabineros José Luis Pérez Almecija, más tarde guardia civil. Al finalizar la guerra Pérez Almecija consiguió avales que confirmaban su adhesión al alzamiento franquista. Pérez Díez, luego Carod Rovira, vivió su infancia en el españolismo de las casas-cuarteles de la Benemérita. Ya con poder nombró a su hermano, Apel·les Carod Rovira, antes Juan de Dios Pérez Díez, «embajador» de Cataluña en París.

El caso de la inventada historia de Cataluña deja en pañales a la memoria mentida de Zapatero-Sánchez. Deberían ubicar la ficción en la literatura pero sus lecturas me temo que serán escasas más allá del catón ideológico. No sé los volúmenes de la biblioteca, por ejemplo, de Rufian, de padres y abuelos andaluces. Lea más o menos es un personaje que devalúa la política, pero no es nada tonto ya que tras su fracaso como candidato a alcalde en Santa Coloma de Gramenet el 28 de mayo, y perder un porrón de escaños el 23 de julio, sigue en Madrid que es lo que le gusta, representando cada vez a menos votantes en un Parlamento para él extranjero.

Todavía tenemos más motivos de gratitud hacia Puigdemont. En sus exigencias a Sánchez podía haber asumido las investigaciones del Institut Nova Història, fundado en 2007, generosamente subvencionado, que ha celebrado un simposio en Tarragona alrededor de «la tergiversación de la historia de



Cataluña (...) por parte de la Corona castellana». Al parecer aparte de robarles el dinero les robamos su historia. El simposio ha sido seguido cariñosamente por TV3. El motor del Institut, Jordi Bilbeny, nos descubre que Colón, Cervantes, Teresa de Jesús, entre otros personajes, eran catalanes, y que la bandera de Estados Unidos tiene un origen catalán. No extrañará que este Institut considere que El Quijote se escribió en lengua catalana aunque la censura castellana lo ocultó. Otro sesudo investigador, Pep Mayolas, nos ilustra sobre el origen catalán de Erasmo de Róterdam que era hijo de Colón.

Tampoco sorprenderá el hallazgo de que Calderón de la Barca no era madrileño sino catalán, o que Leonardo da Vinci era de Vic. No menos riguroso es el descubrimiento de Carme Jiménez Huertas de que la lengua catalana no viene del latín por lo que no coincide con el español. Según esta filóloga el catalán nos llega de una lengua prerromana ibérica porque «el latín ya era una lengua muerta en el siglo II antes de Cristo». O sea lo del «INRI», nada. O la primicia de que Cataluña es la primera nación del mundo, como sostiene Víctor Cucurull remitiéndonos al siglo VII antes de Cristo.

Si Puigdemont quisiese daba la vuelta a mucho de lo que los insensatos e incultos castellanos teníamos como estudiado y cierto, aprovechando que la vida política de Sánchez depende de él y que está dispuesto a todo por salvarla. Sí, hay que estarle agradecidos. Y acaso la mediocridad ambiente lo aceptaría sin rechistar. Véanse los millones de votos que obtuvo el sanchismo, pese a su deconstrucción nacional.

Cortejando a Puigdemont

«El “procés”, lejos de haber muerto, ha extendido sus tentáculos al ámbito nacional gracias a que el PSOE lo ha exportado al resto de España»

Guadalupe Sánchez (*ElSubjetivo*)

Licenciada en Derecho, abogada en ejercicio y gerente del bufete NOVALEX SPAIN

 El PSOE coprotagonizó el advenimiento de la Constitución. Poco más de cuarenta años después, los socialistas serán también los principales responsables de su desmantelamiento: la estructura jurídica e institucional del 78 está siendo reemplazada por otra capaz de colmar las ansias de poder de su secretario general. Confieso que el espectáculo del artista destruyendo su propia obra ante un público enfervorecido y fanatizado es tan fascinante como dantesco.

Pedro Sánchez ha asumido que su perpetuidad en la Moncloa pasa por propiciar un escenario que dificulte la gobernabilidad al adversario político, bien sea excluyéndolo de la danza de los pactos, bien azuzando a sus activistas mediáticos para que la partida se libere siempre en el marco conceptual que interesa a la izquierda. Lo peor de todo es que la oposición no parece haberse percatado de lo que ello implica.

Efectivamente, aquel cordón sanitario del «no es no» que puso en marcha Sánchez con la moción de censura a Rajoy no fue contra la corrupción. Ni tan siquiera fue contra el Partido Popular o contra Vox: era un cordón sanitario a la

alternancia política y al pluralismo ideológico. Han instalado en millones de españoles la creencia de que sólo el socialismo es democrático, ergo cualquier pacto, decisión o medida que aproveche al partido socialista está justificada.

Si hace poco más de tres años la democracia pasaba por traer a Puigdemont de vuelta a España para que rindiese cuentas ante la justicia, hoy exige la amnistía al expresidente catalán y a miles de acusados o condenados por el procés o por los desórdenes públicos previos o posteriores. Todo lo que no sea adaptarse a esta mutabilidad democrática te embarca en una deriva ultraderechista.

Hay que reconocer que los votantes socialistas gozan, sin duda, de un tránsito intestinal envidiable y de unas tragaderas dignas de estudio. Antaño toleraron la derogación de la sedición, la rebaja de la malversación, los indultos a los



líderes procesistas contra el criterio del Supremo, el nombramiento de sus exministros de Justicia como fiscal general y magistrado del Constitucional, la degradación legislativa o la colonización de las instituciones. Hoy se deleitan con la antesala de una ley de amnistía que los académicos en nómina de la izquierda se

están encargando de dulcificar, cuando no directamente de avalar.

Mientras millones de españoles disfrutaban de un merecido retiro estival, el PSOE ha iniciado los prolegómenos del ritual de apareamiento con el independentismo catalán. Los de Sánchez han desplegado orgullosos ante Puigdemont su poder institucional, demostrando hasta dónde pueden llegar si es menester: han propiciado un recurso de la Fiscalía contra una resolución de la sección de vacaciones del Constitucional que, tras desestimar una cautelarísima del expresidente catalán que solicitaba dejar sin efecto la orden de detención cursada por el Supremo, inadmitía su recurso de amparo. Algo a lo que el Tribunal de Garantías venía obligado por tratarse de una petición que exige una respuesta urgente, pero que los servidores mediáticos del sanchismo han presentado como un intento de dificultar la investidura por parte de lo que ellos llaman «el brazo judicial de la derecha».

Soy consciente de que, para el común de los mortales, esto suena a otra batalla judicial incomprensible, pero su importancia trasciende a lo aparente dado que forma parte de la liturgia de un cortejo que desembocará en la investidura de Sánchez. En cualquier caso, no deben llevarse a engaño, pues es muy probable que Puigdemont ya haya sido seducido y que estemos asistiendo a meras maniobras para justificarse ante su radicalizado electorado, que vive aún anclado en los ocho segundos en los que estuvo en vigor la declaración de la república catalana.

Lo que no admite discusión alguna es que el procés, lejos de haber muerto, ha extendido sus tentáculos al ámbito nacional gracias a que el PSOE –y lo que otrora fue Podemos y ahora es Sumar– lo han exportado al resto de España. El Congreso será un reflejo de lo que fue el Parlamento catalán, con la diferencia de que, esta vez, el Constitucional acabará amparando, en todo o en parte, las pretensiones del independentismo. No han sido derrotados, no: han ganado en la medida en que el triunfo de Sánchez pasa por el suyo.

Las dos amenazas que ahora nos acechan

Roberto L. Blanco Valdés (*La Voz de Galicia*)

Paul Valéry, autor, entre otras obras, de un poema emocionante (*Le ci-metière marine*), fue capaz de encerrar en una frase los extremos entre los que, a su juicio, se habría movido durante siglos la historia de los hombres: «Dos peligros acechan a la humanidad: el orden y el desorden», dejó escrito Valéry.

De algún modo, esas son también las amenazas entre las cuales se debatirá la política española mientras el presidente del Gobierno en funciones y los suyos porfíen por seguir en la Moncloa a cualquier precio: de un lado, la de un



nuevo gobierno Frankenstein, aún más infame: un (supuesto) orden que se sostendría en el chantaje; y, de otro, la ausencia total de cualquier traza de estabilidad política: el innegable desorden que nacería de la ingobernabilidad.

Respecto a lo segundo –la amenaza del desorden–, no es necesario insistir en lo que es obvio: las inversiones fallidas de Feijoo (que ganó

las elecciones) y/o de Sánchez (que las perdió) nos llevarían al despeñadero de una repetición electoral, idéntica a la que en el 2019 debimos soportar. Ello significaría que en ocho años (dos legislaturas) en lugar de tres elecciones generales se habrían celebrado justo el doble: seis.

La segunda amenaza –la de un *orden* basado en el chantaje– le parece a una parte de los españoles menos evidente o incluso inexistente, aunque resulte tan cierta y mucho más peligrosa que la previa. Porque –digámoslo ya con toda claridad– el terrible dilema en el que hoy nos debatimos, vista la ciega insistencia de Sánchez en continuar en la presidencia del Gobierno, es el que existe entre unas nuevas elecciones y un nuevo Frankenstein. Ni más, ni menos.

Un hipotético gobierno del PSOE y Sumar (fuerza que, recordémoslo, no es una unidad, sino la agregación de varias unidades diferentes) apoyado por Bildu, ERC, PNV y Junts no sería, según Sánchez proclama una y otra vez, un

seguro de gobernabilidad, sino, muy por el contrario, un nuevo paso de gigante hacia el progresivo desmembramiento de la nación española. Ese que comenzó con la llegada a la presidencia del Ejecutivo de aquel Rodríguez Zapatero que prometió apoyar sin tocar una coma el nuevo Estatuto salido del Parlamento catalán.

Junts, la nueva fuerza que se añadiría ahora a la *coyunda* del PSOE y Sumar con los independentistas, ya ha aclarado que si no hay amnistía para las 3.301 personas que de ella se beneficiarían y si no se garantiza un camino a la independencia de Cataluña, paralizará el Estado. Y ello al tiempo que proclama que el Gobierno de España les importa un pito, pues Junts está solo a lo que está.

Tal chantaje es solo comparable en su magnitud a la imposibilidad de aceptar las exigencias de quienes lo formulan, pues tanto una amnistía como un referendo de autodeterminación son inconstitucionales. Por eso, si hubiera finalmente un pacto Sánchez-Puigdemont, sabiendo, como sabemos, entre quienes se juega esa partida, los españoles tenemos derecho a saber qué han acordado. Hurtarnos esa información sería un golpe mortal para nuestro sistema democrático.

La «gleichschaltung» wokefederal

Hughes (*La Gaceta de la Iberosfera*)

Gerdonen estos palabros los lectores que no hayan sido espantados por el título. Gleichschaltung es una palabra alemana que significa algo así como sincronización, coordinación o ecualización, y se refiere al proceso con el que Hitler fue extendiendo un sistema totalitario nada más llegar al poder en los primeros años 30. Es una palabra, con origen en la ingeniería eléctrica, que describe la forma en que todo se mueve en la misma dirección (la única posible). Así, en muy poco tiempo, se somete todo a un mismo bloque ideológico. Es la mecánica del control total.

Fue primero el Estado: las leyes habilitantes, o la declaración del Partido Nazi como «portador de la idea alemana de Estado», fundiendo en uno partido, gobierno y Estado. Esa sincronización política del Estado se extendió luego a toda la vida alemana.

Fue un proceso de penetración de la propaganda e ideario nazi en todos los aspectos de la vida: leyes, política, sindicatos, universidades, cultura, deportes...

Esto nos suena. Así domina ahora la ideología imperante, sólo que a lo anterior le añade la publicidad, la televisión, los negocios y las empresas, las relaciones personales y hasta el clima. Se construye un bloque ideológico irre-



chazable que comparten los partidos-gobierno-Estado, las ONG, los sindicatos, los medios de comunicación y el mundo corporativo. Las organizaciones supranacionales y las multinacionales. Hasta la Iglesia se acerca a ello con sus aproximaciones mundanas.

Se trata de un alineamiento socio-político-cultural generalizado y sin fisuras.

En España, una cierta *gleichschaltung* se puede observar a partir de una legislación que proyecta principios forzosos y que entiende la discrepancia como odio, anomalía ultra o sacrilegio contrario a razón: las leyes ideológicas de los gobiernos de Zapatero y Sánchez, lo woke, el feminismo, la ideología de género y LGTBI, más el antifranquismo fundacional y autolegitimador del régimen y el credo del cambio climático. Y todo forma un bloque monolítico de propaganda exhaustiva al que ha de adscribirse toda organización. Desde las finanzas hasta las escuelas, desde el deporte hasta las denominaciones de origen de los alimentos, desde los ministerios hasta las películas, desde la publicidad hasta los sindicatos... Aunque uno de los rasgos propagandísticos sea la diversidad, la realidad es que se trata de una uniformización.

Este totalitarismo no es agresivo como el de los nazis, es sonriente y blando;



no grita, susurra, pero se extiende igual desde el Estado hasta politizarlo y codificarlo todo. Queda «rebeld» la Iglesia, con un contraste que cada día suena más débil.

En la Alemania nazi, ese proceso de gran sincronización buscaba expulsar al judío de las instituciones. En España, y salvando las distancias, se

va expulsando de la vida pública a quienes disienten. Se les conduce a una especie de reserva india.

La *gleichschaltung* nuestra no va hacia un reich sino hacia otra cosa: ha de unificar el consenso sobre el que intentar las nuevas modificaciones estatutarias federalizantes y plurinacionales. La *gleichschaltung* alemana era unitarista en lo territorial, y empezó controlando los estados alemanes, mientras que aquí es al revés, y responde a algo dual: un forzoso uniformismo cultural de la sociedad con una descentralización balcanizante en lo territorial.

La ideología del partido único, sin ser lo mismo, tampoco deja de parecerse. ¿No parece que PP y PSOE son o han de ser por fuerza «los portadores de la idea española de Estado»? Partidos de Estado, se llaman, poseedores privilegiados del muy raro «sentido de Estado». Delimitado ideológicamente más por un conjunto de leyes de nueva frontera que por la Constitución (moldeable en manos del TC), este Estado uniformiza con ellas y troquela a la sociedad y al individuo, que van cediendo. Esta conformidad parece voluntaria,

pero está espoleada con un sistema de sanciones y exclusiones que tiene entre sus formas, irónicamente, la de proclamar fascismo e incluso nazismo en quien se resiste a la igualación.

En manos de un prófugo

«Nuestra vida política está hoy regida por un personaje sobre el que pende una orden de detención por los delitos de desobediencia y malversación»

Xavier Pericay (*elSubjetivo*)

Escritor

Hay algo a lo que deberíamos irnos acostumbrando, nos guste o no, si no queremos andar de sobresalto en sobresalto. Hoy por hoy, España está en manos de un prófugo, de un sedicioso, de un delincuente. Lo de mañana por la mañana, esa reunión de la ejecutiva de Junts para decidir el sentido del voto de sus siete diputados dos horas antes del inicio de la sesión constitutiva de la XV legislatura en el Congreso y el Senado, mientras tanto PP como PSOE han convocado hoy mismo a los suyos, no es más que un primer indicio de lo que nos aguarda.

En palabras del prófugo –y, al cabo, único decididor de la postura que termine adoptando su partido–, se trata de que Pedro Sánchez «mee sangre» si quiere obtener los votos que precisa para controlar la Cámara. Y quien dice Sánchez dice Feijóo, suponiendo que también llegara a pedirselos. Como escribió en junio de 2018 Agustí Colomines, aquel enajenado devoto de Puigdemont que meses después se lamentaría de que no hubiera habido muertos en Cataluña porque ello retrasaba la independencia, la misión del soberanismo catalán es hacer «mear sangre al Estado y a los unionistas».

¿Qué acabará decidiendo mañana a primera hora el de Waterloo? Poco importa. Aunque la composición de la Mesa del Congreso condicione el discurrir de una legislatura, el interés de Puigdemont y los suyos –al contrario que el de ERC, por ejemplo, partidario de los pactos con el socialismo lo mismo en Cataluña que en el conjunto de España– es desestabilizar el Estado, hacerle «mear sangre». En estos momentos –ríanse de los exetarras de Bildu, encantados con sus logros–, Junts es el verdadero partido antisistema. De ahí que su máximo objetivo vaya a ser en lo por venir aprovechar su capacidad decisoria para dilatar al máximo los tiempos.



Lo de este jueves no pasa de un aperitivo. Engañoso, por otra parte. Muchos creen que los resultados que arrojen las votaciones van a prefigurar los que se den en una futura investidura. En el caso del septeto de Junts no tiene por qué ser así. El voto de los independentistas más xenófobos –en el supuesto de que en este ámbito pueda establecerse algún ránking fiable– se amoldará en cada circunstancia a lo que mejor contribuya a mantener y acrecentar la incertidumbre. O sea, la inestabilidad.

Así las cosas, de nada sirve consolarse soñando con un sistema electoral distinto, mucho más proporcional –y, por lo tanto, justo– que el que rige en estos momentos. O con un Estado donde la ley merezca el máximo respeto. O con una separación de poderes que vaya más allá de una mera conjetura. O con una gran coalición que nos saque de la dependencia de unas fuerzas políticas centrífugas que, aunque minoritarias, se bastan y se sobran para anteponer sus intereses, siempre mezquinamente particulares, al interés general. Tanto



el PSOE como el PP han dispuesto de décadas para promover las reformas imprescindibles para que lo que está pasando en España no llegara nunca a pasar. Y a un acuerdo programático entre las partes que abordara esta asignatura pendiente, unos y otros han antepuesto en todo momento –más los socialistas

que los populares, ciertamente– el beneficio que resulta del ejercicio privado del poder, presente o futuro.

Mientras tanto, nuestra vida política tiene hoy su epicentro en Bélgica. Pero no en Bruselas, bajo el amparo y la disciplina de la Comisión Europea, sino en Waterloo, regida por la batuta caprichosa de un personaje sobre el que pende una orden de detención por los delitos de desobediencia y malversación. Lo comprobaremos sin duda mañana mismo. Y mucho me temo que también en los próximos meses, termine como termine ese largo interludio de provisionalidad. Confiemos en que para entonces al Estado le quede todavía alguna gota de sangre.

Amaral en verano

Ignacia De Pano (*Vozpópuli*)

Festival Sonorama Ribera 2023, doce de agosto. Eva Amaral toma la palabra antes de iniciar la siguiente canción. «Esto va por Rocío, por Rigoberta, por Zahara, por Miren, por Bebe, por todas nosotras. Porque nadie nos pueda arrebatarnos la dignidad de nuestra desnudez, la dignidad de nuestra fragilidad, de nuestra fortaleza. Porque somos demasiadas y no podrán pasar por encima de la vida que queremos heredar, donde no tenga

miedo de decir lo que pienso. Porque hoy es el día de la revolución». Acto seguido, y en un momento de enorme carga épica no exento de valor casi suicida, la cantante se quita el corpiño para continuar el concierto con el torso desnudo. Un antes y un después en la historia del feminismo, pienso mientras se me saltan las lágrimas.

Como mujer que soy, agradezco a la artista que se acuerde de mí, de la dignidad de mi fragilidad y la dignidad de mi fortaleza, aunque no acabo de comprender que tienen que ver ambas cosas con su corpiño volando por los aires. Mientras la veo en video, porque es una acción cuidadosamente pensada para su difusión en las redes sociales, se me va la cabeza a lo esencial: No puedo por menos que reconocer para mí misma que Eva Amaral tiene un pecho muy bonito, casi adolescente, de los que se mantienen mágicamente en el aire. Mi sentido agradecimiento por su recuerdo de mi dignidad de mujer y de mi miedo a expresarme libremente en esta dictadura heteropatriarcal que me



reprime deja paso a una cierta envidia. Esta mujer está fantástica, refunfuño bajito. Maldita sea mi suerte.

No voy a poner en duda los muchos obstáculos que el machirulismo que tanto se esfuerza en sojuzgar a las féminas progresistas haya podido poner a su trayectoria artística,

pero creo, desde mi perspectiva particular de mujer más o menos de su edad, que hay otros motivos que explican de forma más profunda lo que sucedió en Aranda de Duero durante esa noche de verano. El cumpleaños de la cantante había sido justo una semana antes, el cuatro de agosto. No diré aquí cuántas vueltas al sol ha celebrado la artista porque el feminismo bien entendido empieza por no desvelar la edad de las demás mujeres, pero sí diré que es la suficiente como para querer mostrar al mundo que está perfecta y que no la tose ninguna adolescente. Ya la magnífica escritora americana Nora Ephron lo dejó escrito en su ensayo, No me gusta mi cuello, que recomiendo fervientemente como lectura veraniega. «Cómo me arrepiento de no haber llevado bikini durante todo el año que tuve 26. Si hay alguien joven leyendo esto, que ahora mismo se ponga uno y no se lo quite hasta que cumpla los 34». Amaral, mujer culta, ha debido leer a Ephron y ha actuado en consecuencia. Los 34 quedaron fatalmente atrás pero nadie lo diría viendo su pecho. Solo le faltaba encontrar la excusa políticamente correcta que justificara su exhibición como sacrificio ritual para la liberación femenina colectiva y que de paso la convirtiera en trending topic dándole la relevancia pública de la que ha carecido últimamente. Está claro, a la vista de la repercusión obtenida, que lo ha conseguido con creces.

Siendo 12 de agosto y estando las playas y piscinas llenas de niñas en flor y mujeres maduras disfrutando del sol en topless ante la tranquila indiferencia general no se entiende muy bien que pretendía demostrar Amaral con su

gesto. Esta continua reivindicación de logros conseguidos hace ya mucho tiempo y esta nostalgia de opresiones pasadas tienen algo de patológico. Para que un desnudo fuera de verdad un gesto importante, decisivo, liberador, Amaral tendría que haberlo intentado en alguno de los países en los que el cuerpo femenino se ahoga bajo kilos de ropa para evitar que su contemplación pueda ser causa del pecado masculino. Ahí si hubiera tenido ese pecho desnudo la fuerza de representarnos a todas, a nuestros miedos y nuestras esperanzas, uniendo a su belleza objetiva el valor simbólico de la libertad.

Pero no fue en Teherán sino en Aranda de Duero, y sin que el público, que estaba a lo suyo, que era vivir, se diera demasiada cuenta de lo que estaba sucediendo en el escenario.

Yo le recomendaría a Amaral que, en vista del éxito logrado, incorporara ese momento heroico como punto álgido en todos sus conciertos, pero sin desvirtuarlo con reivindicaciones políticas vacías.



Que desnude su pecho porque puede, porque quiere sentir el aire cálido del verano sobre su piel, porque está estupenda y porque tiene la obligación, esta sí, de reivindicarnos a todas las mayores ante el ejército de adolescentes en pantaloncitos cortos y tops que pretenden hacerse con todo el protagonismo de la vida y arrinconarnos en la oscuridad del que nada puede desear ni nada puede conseguir ya. En esa trinchera me tendrá siempre a su lado, solidaria y sorora. Y muerta de envidia, por supuesto.
